

Opinión

LIVINGSTONE

El turista, objetivo del terror

Los ataques terroristas en hoteles de Bombay (India) y el bloqueo de los aeropuertos de Bangkok (Tailandia) a finales del año pasado parecen dos sucesos más en la sangrienta lista que se obtiene cuando las reclamaciones políticas o religiosas toman a los turistas como rehenes para llamar la atención mundial. Pero pueden significar un punto de inflexión para replantearse ciertas políticas de desarrollo basado en el turismo o determinadas políticas de seguridad o, mejor dicho, de inseguridad.

La crisis aeroportuaria de Tailandia, en la que un grupo opositor al Gobierno evitó que 350.000 viajeros salieran del país, podría suponer hasta abril de 2008 la pérdida de 2.840 millones de euros y 2,3 millones de turistas menos, según las autoridades turísticas, que tratan de retomar la confianza de los visitantes con campañas promocionales, como la iniciativa de Air Asia de regalar 100.000 billetes gratis con el lema 'Ya es seguro regresar al país de las sonrisas'.

Algo más le costará a India recuperar la confianza de turistas y empresarios con cien actos terroristas mensuales de media durante 2008. Los ataques a dos de los hoteles más lujosos de Bombay supusieron una llamada de atención hacia su falta de medidas de seguridad. Los empleados de los hoteles, con llamativas vestimentas tradicionales en lugar de chalecos antibalas, en general están más ocupados por alejar a los indeseables que por velar por la seguridad de los huéspedes. Aunque algunas áreas de los hoteles Oberoi y Taj Mahal reabrieron en diciembre, la restauración de la totalidad de los dos establecimientos llevará algunos meses y 100 millones de euros más. Ambos instalarán guardias privados, escáneres de rayos X, detectores de metales y otros sistemas de vigilancia de personas, maletas y automóviles. También en la atacada estación de ferrocarril han aumentado los vigilantes armados

Hotel Taj Mahal, Bombay.



en posiciones fortificadas con sacos de arena, pero algunos testigos hablan de impresión de seguridad más que de efectividad, ante la falta de profesionalidad de la seguridad privada contratada.

De momento, la temporada alta en India (de noviembre a febrero) lleva camino de ser una de las más flojas –también en destinos de alta demanda como Kerala o Goa–, tras la congelación de los precios de los establecimientos y el descenso del número de vuelos chárteres desde Alemania, Reino Unido y los países nórdicos. Y las cadenas internacionales que han invertido millones en construir en la zona de Delhi de cara a la avalancha turística prevista para 2010, cuando se celebren allí los juegos de la Commonwealth, están volviendo a echar cuentas en busca de rentabilidad. Aunque éstos no son los primeros hoteles atacados por el terrorismo (los Marriott de Islamabad y Yakarta, el Radisson y el Hyatt de Amán, el Hilton de Taba...), bien para desestabilizar el régimen político nacional, intentado reducir sus ingresos económicos al hacer que los turistas internacionales huyan, o para llamar la atención mundial sobre la situación de una minoría o financiar sus actividades.

Afortunadamente, esta estrategia del terror no ha funcionado siempre, y los egipcios dejaron de apoyar a los grupos islamistas que sembraron el terror en los noventa, cuando vieron peligrar los empleos que dependían del turismo (la ocupación hotelera cayó al 20%), aunque el riguroso control policial que se instauró en consecuencia también



haya significado un retroceso en las libertades civiles de los egipcios. La otra solución adoptada por los gobiernos, el aislamiento de los grupos turísticos, no garantiza del todo su seguridad, al crear así unos objetivos más vulnerables y poner en peligro además a los trabajadores del sector, y tampoco ayuda al intercambio cultural que el movimiento turístico se supone que consigue.

Bien es cierto que, en un primer momento, los flujos turísticos internacionales evitan la zona siniestrada porque los gobiernos y los turoperadores no quieren tener que lidiar con el riesgo o las situaciones imprevistas. No obstante, en menos de una década los destinos se recuperan si la situación se normaliza o, incluso, aunque sigan produciéndose sucesos puntuales. ¿Qué turista se acuerda del tiroteo en el templo de Hatshepsut en 1997 o de la muerte de tres norteamericanos en 1986 por la bomba en un avión de la TWA que hacía el trayecto Roma-Atenas? ¿Y preguntan los millones de cruceristas por el secuestro del Achille Lauro en el Mediterráneo en 1985? Tres años después de la muerte de 200 personas en Bali, la isla recibía el mismo número de visitantes que antes. Turquía sufre cada año atentados terroristas y su puesto en el ranking turístico mundial no deja de subir. Yemen no ha desaparecido como destino emergente tras la muerte de siete españoles en 2007, aunque Mauritania puede vivir una recesión en su ascendente tendencia (de 270 a 100.000 visitantes en diez años) por el atentado que costó la vida a cuatro franceses y significó la suspensión del rally Lisboa-Dakar en 2008. Y no es que se haya generalizado un interés morboso por acudir a lugares peligrosos (aunque esa tendencia existe), pero los turistas conscientemente, lo ignoran.

Como ya avisaba la ministra de Turismo de India, Ambika Soni, en la 48 sesión de la OMT celebrada en Madrid el pasado octubre, “las recomendaciones contra viajar a determinados destinos no son la solución. Sólo la cooperación internacional y la acción colectiva puede superar este reto”. El secretario general adjunto de la OMT, Taleb Rifai, redundó también, en una reunión celebrada en China, que “el turismo profesional ha aprendido cómo hacer frente a las secuelas de los acontecimientos que puedan influir negativamente en los viajes del público y las intenciones de visitar las zonas afectadas.” De esta forma, el deseo de viajar de los turistas, la unión internacional contra el terrorismo y la rápida reacción de las empresas turísticas tras las crisis pueden conseguir que los terroristas dejen de tener al turista en el punto de mira.

TARJETA DE EMBARQUE

Robando tiempo a la muerte

POR SEBASTIÁN ÁLVARO
CREADOR DE 'AL FILO DE LO IMPOSIBLE'

Viajar es poseer el mundo, dijo un gran viajero, y una de esas pocas cosas que definen al ser humano frente a los animales: el arte, la religión, el amor, la pasión, la compasión, la risa... y, también, el viaje, la exploración, la aventura. Hoy, cuando prácticamente todo el globo terráqueo está cartografiado, etiquetado y domesticado, siento envidia de aquellos exploradores románticos que nacieron en un mundo donde los mapas aún guardaban atractivos espacios en blanco. Eran hombres y mujeres capaces de ir al confín del mundo sólo por una vaga promesa de gloria. Dentro de ellos latía una especie de fiebre interior que les hacía estar siempre en marcha. Su vida era un continuo viaje, pues sólo así se “percibía el alma desnuda del hombre”. Como dejó escrito Apsley Cherry-Garrard, el compañero de Wilson y el capitán Scott en la Antártida, iban buscando “la soledad, los mares cambiantes, los horizontes infinitos...” pues era allí donde: “todo es bello, salvaje y libre; y la belleza es inconcebible, pues es infinita y atraviesa la eternidad”.

Esa búsqueda continua, impulsada por nuestra curiosidad vital, es la que nos da la especificidad de lo esencialmente humano. Y es allí también donde se encuentra la esencia del viaje. Somos el único animal consciente de su mortalidad. Pero es precisamente la muerte, esa oscuridad que aguarda al final del camino, la que da sentido y hace más brillante la luz de la vida, la que hace de ella una aventura apasionante e irreplicable. Cuando apenas somos unos críos surge en nosotros el ansia por conocer lo que se esconde más allá de un monte, qué fuego arde en el sol, qué hielo nos espera en la luna. La historia del conocimiento humano es la historia del viaje y esa andadura por un sutil filo, entre lo que se puede conocer y lo que no, entre lo que somos y lo que queremos ser. Es lo mejor de nuestra vida, ese tiempo apasionado que nos permite, en palabras de Paul Emile Victor, “robarle tiempo a la muerte”.

